

Novela popular española: el indígena y el forastero en “El Coyote” de José Mallorquí

ROBERTO RODRÍGUEZ MILÁN

Hellenic Open University

robrod_es@yahoo.es

Palabras clave

**indígena; forastero;
California; novela
popular;
“El Coyote”;
José Mallorquí.**

En el ámbito de la cultura de masas, la novela del oeste de origen y factura estadounidense suele emplear como motor argumental una limitada variedad de conflictos, entre los cuales ocupa un lugar destacado el que enfrenta a un actor principal blanco con su reverso negativo, encarnado por un indígena norteamericano, “el indio”. La novela popular del oeste europea importa y reproduce fielmente el canon establecido en su país de procedencia, sin enmendarlo ni cuestionarlo. Otro tanto vale para el caso español, si bien este ámbito contaría con una notable excepción: justo después de la guerra civil la serie “El Coyote”, de José Mallorquí, modula y aun fuerza algunos de los aspectos definitorios del género del oeste, entre los cuales sobresale su particular percepción de lo indígena y, por extensión, de lo foráneo.

En la versión electrónica del “Diccionario de la lengua española” de la Real Academia aparecen los términos “indígena” e “indigenismo”, no así “indigeneidad”, aparentemente no incorporado. Del primero hay sólo una descripción neutra; del segundo, en cambio, hay una serie de definiciones que, para el caso que nos ocupa, se antojan más suculentas, en tanto que dan a entender que en dicha lengua el indigenismo gira de forma casi exclusiva en torno a la realidad del Nuevo Mundo.¹ A continuación se tratan aquí las representaciones del indígena y de su contrario, el forastero, en la legendaria serie de novelas del oeste “El Coyote”, obra de José Mallorquí Figuerola (1913-1972). Por razones de extensión, no se especula aquí sobre la naturaleza, significado y contenidos de la llamada “novela popular”, ni tampoco sobre las razones del éxito masivo de la serie objeto de estudio, en tanto que el alcance del presente escrito se limita a sus primeras veinte entregas, aparecidas entre 1943 y 1945, tal y como las reedita la editorial Planeta-DeAgostini de Barcelona a partir de 2002, bajo el título general de *El Coyote de José Mallorquí*.²

1. La novela del oeste en España y “El Coyote” de Mallorquí

Con una tradición no desdeñable, la novela popular resurgía en España en los años 1940, tras la guerra civil. Con todos los condicionantes derivados de aquella situación, iba a convertirse en el medio de entretenimiento de masas por antonomasia durante más de dos décadas, hasta que

¹Ver <https://dle.rae.es/indigenismo?m=form>.

²De 1943 es “El Coyote”; de 1944, “La vuelta del Coyote”, “Huracán sobre Monterrey”, “El valle de la muerte” y “La sombra del Coyote”; y de 1945, “El Coyote acorralado”, “El otro Coyote”, “Victoria secreta”, “Sierra de oro”, “El exterminio de La Calavera”, “La justicia del Coyote”, “La primera aventura del Coyote”, “La victoria del Coyote”, “La mano del Coyote”, “El hijo del Coyote”, “La marca del Cobra”, “El precio del Coyote”, “Otra lucha”, “El final de la lucha”, y “La diadema de las ocho estrellas”. En lo sucesivo “El Coyote” hará referencia a las novelas y ‘El Coyote’ hará lo propio con su personaje principal.

hasta que la irrupción de la televisión y la evolución social y económica comenzaron a obrar transformaciones sustanciales en las formas de ocio de la sociedad española. Tres serían los géneros novelísticos que despuntaban por su difusión: la novela rosa, la policíaca y la del oeste. Desde el primer momento la novela del oeste europea, incluida la española, aplicó a rajatabla el canon establecido para dicho género en su país de origen, los Estados Unidos, con idénticos marcos temporales y espaciales, repitiendo personajes y tramas, y reproduciendo el mismo solapamiento y confusión de hechos históricos contrastados con errores, distorsiones y falsedades. A fin de cuentas, y pese a su constante reivindicación de “autenticidad”, la novela del oeste estadounidense siempre le debió mucho a la imaginación, la ideología y la ignorancia de los autores –que en su mayoría jamás habían puesto un pie en el famoso “Oeste americano”– y también de sus lectores, y se hallaba además sujeta a unos imperativos editoriales centrados en las ventas y no el rigor histórico. Así, la imagen del Oeste resultante era considerablemente más mítica que histórica, pero ello no impidió que se propagara con gran celeridad a otras formas de creación cultural, las cuales contribuirían enormemente a su aceptación y popularización, primero dentro y luego fuera de los Estados Unidos: espectáculos ambulantes como el de “Buffalo Bill”, pintura de género, seriales radiofónicos, tebeos, y sobre todo el cinematógrafo, que desde sus orígenes tiene en el género del oeste una de sus principales fuentes de inspiración y producción (Hine, 2000: 472-511).

En este contexto, y directamente inspirado en la versión cinematográfica de “El Zorro” – el personaje creado por Johnston McCulley en 1919, ambientado en Los Ángeles a principios del siglo XIX–, José Mallorquí publicaba en 1943, bajo el seudónimo de *Carter Mulford*, el relato “El Coyote” en el número 9 de la serie “Novelas del Oeste” de la Editorial Clíper. Al año siguiente y en la misma editorial, el relato “La vuelta del Coyote”, que el autor firmaba ya con su propio nombre, daba inicio a una serie basada en dicho personaje a raíz de su inusitado éxito de ventas. Hacia 1947 la serie “El Coyote” era ya leída por todos los públicos, superando las convenciones sociales y editoriales de género, edad, estrato social o nivel de formación; desbordaba el ámbito de la novela popular y se derramaba hacia toda la gama de productos de la cultura de masas; traspasaba las fronteras del español con traducciones que alcanzaban hasta más allá del “telón de acero”; hacía de su autor, según el Índice de Editores de la Unesco, el escritor español en lengua castellana más traducido después de Cervantes; y por último, y aunque de forma decreciente, el éxito de la serie se prolongaba en España durante más de una década, contribuyendo así a estimular la proliferación de editoriales dedicadas, en buena medida, a la novela del oeste (Rodríguez, 2011: 55-61).

“El Coyote” de Mallorquí narra las andanzas de un justiciero enmascarado en la California de las décadas centrales del siglo XIX, en el contexto de la extinción de los imperios europeos en el Nuevo Mundo y su relevo por los Estados Unidos, cuya expansión hacia el Oeste supondrá la incorporación de enormes territorios a expensas de México y la inclusión de sus pobladores originales en dinámicas de gran calado histórico como la fiebre del oro y la Guerra de Secesión.³ De noche, don César de Echagüe, rico hacendado californiano descendiente de nobles españoles,⁴ oculta su rostro e identidad tras un antifaz, se enfunda un traje negro de

³ Los relatos que componen las primeras veinte entregas de la serie están salpicados de digresiones didácticas sobre la historia factual americana que los enriquecen dando trasfondo a la trama, ver p. ej. “La justicia del Coyote” (11-12), “La primera aventura del Coyote” (91-92), “Otra lucha” (84). La historia factual que se maneja hoy día pone de manifiesto el rigor de los datos que manejaba Mallorquí, ver p. ej. Franceschi, 2002: 127-145; García, 1996: 67-76; Zinn, 2008 [1980]: 171-192.

⁴ Mallorquí explica rápidamente al lector que la estirpe de los Echagüe se remonta a la mítica batalla de Calatañazor, en Soria, donde en 1002 una coalición cristiana derrota a Almanzor, que muere al poco

charro mexicano y se arma con dos revólveres de factura industrial estadounidense que maneja con la pericia de un pistolero de idéntica procedencia. De esa guisa imparte justicia respondiendo al nombre de una criatura local cuyas cualidades encarna, ‘El Coyote’,⁵ y apoyándose en sus inagotables recursos financieros e intelectuales, así como en la red de seguridad que le proporcionan una densa nómina de ayudantes, confidentes y espías, y la “omertà” de los diversos estratos de la población autóctona, compuesta por amerindios, mexicanos y californios –mexicanos de California–.⁶

2. El lejano Oeste sin indios ni vaqueros

La primera entrega de la serie, titulada “El Coyote”, nos informa de que el enmascarado parece entrar en acción en 1850 (22-23). Una entrega posterior, “La primera aventura del Coyote”, hará retroceder en el tiempo su nacimiento hasta 1846, y lo situará, además, en la estela de ‘El Zorro’, una figura que Mallorquí desliza una vez más a modo de homenaje en su propio relato, aunque no como figura literaria, sino legendaria en la historia de Los Ángeles de principios del siglo XIX (85, 87, 101, 119). En cierto momento, don César de Echagüe se dirige a los patriotas californianos que conspiran contra la nueva legalidad estadounidense, producto de su victoria bélica sobre México, y dice:

—[...] me recuerdan las historias del Zorro. ¡Lástima que haya muerto! Os sería muy útil en estos momentos.

—Él se hubiese unido a nosotros.

—Claro. Siempre fue un loco. Sólo a un loco se le ocurre ir señalando las caras de la gente con una zeta grabada con la punta de su espada.

—¡El Zorro! —la voz de Salinas se hizo solemne—. ¡El más grande patriota que ha tenido California!

—Sin duda alguna; pero él luchaba por algo definido. Ahora en cambio se lucha sin saber por qué. Y a propósito, Anselmo, ¿por qué en vez de enseñarles el manejo de la espada no los instruíis un poco en el de la lanza? (101)

En efecto, ‘El Zorro’ había aparecido en la California de la época anterior para poner coto a los criminales y a los desmanes de las autoridades:

Cuarenta y seis años antes, cuando comenzó el siglo, un enmascarado había impuesto la Ley y el Orden en Los Ángeles. Con su espada había trazado en los rostros de sus enemigos unas zetas que aún perduraban en algunas viejas caras. El ‘Zorro’, ocultando su verdadera identidad tras un negro antifaz, devolvió a los californianos la Ley y el Orden perdidos. Luego, cuando su actividad ya no fue necesaria, clavó la

tiempo; tras cosechar glorias durante el resto de la Reconquista, los antepasados del personaje principal participan en los escenarios principales de la conquista de América, incluida la de California (“El Coyote” 19, 28, 38).

⁵ El coyote es un depredador de astucia y nocturnidad semejantes a los del zorro –la paternidad del otro personaje literario no es sólo creativa, sino que se filtra de varias formas en el interior del relato de Mallorquí–, pero es también el apelativo que se empleaba en la América española para hacer referencia a una de las múltiples formas de mestizaje racial de aquellas sociedades, ver <https://dle.rae.es/coyote?m=form>.

⁶ Para ejemplos de lo referido, ver “La sombra del Coyote” (16-18), “El Coyote” (22-23), “La sombra del Coyote” (81), “La victoria del Coyote” (34-35) o “La marca del ‘Cobra’” (79).

espada en el artesonado de su casa y retiróse a vivir apaciblemente hasta el fin de sus días... (“El nacimiento del ‘Coyote’” 119)

¿Cuál era la razón de ser del nuevo enmascarado que lo emulaba en los nuevos tiempos? Como reza el lema de la primera novela, ‘El Coyote’ “es el héroe de todos los buenos californianos, el enemigo implacable de los rapaces yanquis que pretendían destruir la verdadera California”. En los relatos de “El Zorro”, el elemento hispánico es principalmente una opción ambiental, exótica; en “El Coyote”, la elección de idénticas coordenadas espaciales, sumadas al necesario salto temporal que justifica la incursión en la novela del oeste, sin obviar, claro está, el imperativo del público lector potencial, dan como resultado un peso específico diferente de lo hispánico. Mallorquí elige como punto de partida para la aparición de su propio personaje la etapa en que se consuman la desintegración en California del antiguo régimen hispánico, primero español y luego mexicano, y la anexión por parte de los Estados Unidos de una gran porción de su territorio y población, sometida ésta a una nueva realidad jurídica, administrativa, económica, social y cultural. En el relato de Mallorquí, esta nueva realidad es percibida por el común de la población local, principalmente hispana o hispanizada, como una conquista, una dominación, una ocupación por parte de unos forasteros (“La primera aventura del Coyote” 78, 81). No, “El Coyote” no es el típico relato del oeste a partir de indios y vaqueros.

A diferencia de cuanto se ha referido ya sobre la novela del oeste estadounidense y europea, el relato de Mallorquí nunca llega a pervertir el marco histórico factual que elige para sus personajes y tramas, aunque sin duda acentúa los aspectos más evidentes del conflicto derivado del contacto de la población local con los recién llegados forasteros, pues es el combustible del que se alimentan sus relatos, por lo menos al principio. Como se aprecia en “El otro Coyote” (5, 9, 22, 28), los Estados Unidos constituyen el reverso exacto de cuanto se aprestan a arrollar a su paso: representan un mundo ajeno, carente de profundidad temporal, espesor cultural o amarras históricas con el Viejo Mundo; un mundo horizontal, con un régimen republicano y una sociedad de clases susceptible de movilidad ascendente y descendente en función del dinero, encabezada por el elemento masculino de la burguesía blanca, anglosajona y anglófona, protestante y materialista, industrial y capitalista, bajo el imperio de una ley escrita, aunque no por ello menos maleable.

El contraste entre unos y otros, propios y ajenos, “indígenas” y “forasteros” que propone Mallorquí puede resumirse a través de las minuciosas descripciones del espacio que pueblan su serie. Por un lado está el ámbito hispánico, con núcleos urbanos que son espacios civiles de fundación española y que se articulan con los núcleos rurales, que son espacios de naturaleza humanizada y autosuficiente, auténticos islotes del antiguo régimen hispánico y prueba concluyente de que pueden preservarse la tradición y la prosperidad en el seno mismo del mundo moderno, de que fortuna y autoridad pueden combinarse con justicia y libertad, de que mantener los privilegios y proteger a los oprimidos no son mutuamente excluyentes. En el otro extremo se hallarían las localidades y los pobladores foráneos, de nuevo cuño, todo madera y construcciones provisionales, aisladas del entorno, sin referentes de tipo alguno ni pulcritud ni dignidad; o bien los ranchos, que se presentan como unidades de producción preferentemente ganadera, al modo industrial, y en torno a todo ello se despliega una naturaleza salvaje y hostil, o brutalmente explotada, como en el caso de las minas...

Pudiera esperarse, pues, que Mallorquí aplicara la receta de la novela del oeste estadounidense consistente en limitar la realidad a un conflicto entre buenos y malos, y abusara

del retrato simplista del rival de la población autóctona de California, el forastero, reduciéndolo al yanqui como compendio de los peores vicios y defectos de la humanidad. Aunque ocasionalmente así suceda (“Sierra de Oro” 5-6), Mallorquí supera el canon del género del oeste también en este sentido, y lo hace desde el primer número, cuando todavía no podía ni imaginar el alcance que llegaría a tener su creación. Todos los personajes, tanto principales como secundarios, se presentan como pertenecientes a uno de dos grandes grupos: nosotros o los otros, indígenas o forasteros. Frente al canon maniqueísta de la novela del oeste estadounidense, el hispano –y en menor medida el indio americano– deja de interpretar el papel de “malo”, y a su vez el yanqui ya no cumple necesariamente su presunto cometido de “bueno”. La población local de California en la etapa de integración en los Estados Unidos se presenta ante el lector como una mezcla de californios, mexicanos e indios, en ese orden de importancia demográfica y narrativa; todos ellos son los pobladores históricos, auténticos, del lugar, y son percibidos en bloque como indígenas por los recién llegados forasteros procedentes del Norte.

Sin embargo, en “El Coyote” de Mallorquí la condición de “indígena” es cuestión de punto de vista. Como se ha señalado, para los personajes yanquis, indígenas son todos los pobladores no anglosajones de California, principalmente la indistinta masa hispana preexistente, sin particular referencia a los amerindios. ¿Y cómo percibe un “forastero yanqui” a ese conglomerado “nativo”? Por lo general, de forma poco amable: “Earl Grigor regresó a la posada llevando con él una opinión nada favorable a César de Echagüe; opinión que respondía a la que era general en los norteamericanos acerca de los hispanoamericanos. Gente blanda, poco aficionada a la lucha enérgica. Y lo decían olvidando que la primera ciudad norteamericana fue fundada por españoles” (“Victoria secreta” 103). ‘El Coyote’ mismo sería un californiano, o tal vez un mexicano (“El Coyote” 22-23), y otro tanto vale para el criollo don César de Echagüe, a quien en varias ocasiones toman por mexicano (“El Valle de la Muerte” 81-82, 101). Y si para el elemento hispano la diferencia en el seno de una identidad sustancial entre mexicanos y californianos resulta algo evidente y digno de celebrarse (“La primera aventura del Coyote” 80-81, 83), para el elemento foráneo la divisoria entre ambas nacionalidades hispanas sólo logra establecerse en términos legales, a falta de cualquier otra distinción viable, de tipo racial, cultural, lingüístico o religioso, y ello con consecuencias que darían lugar a la génesis del justiciero enmascarado:

—Señor Echagüe —dijo—. Usted viene de un lugar que, comparado con éste, se halla en plena civilización. Tenemos que ser implacables, y si fuésemos de otra manera nos arrollarían. Ninguno de esos peones merece vivir. Son gente de mala raza...

—Son de mi raza, señor sheriff —advirtió Echagüe.

—No. Usted es californiano, o sea, súbdito [sic] de la Unión. Estos otros son canalla mexicana, venida a robar y a asesinar. Cuanto más matemos, mejor para nosotros... y para ustedes.

—Pero el juez sólo ha dictado una sentencia.

—Para estos otros no hace falta sentencia. Los norteamericanos tenemos derecho a matar mexicanos, de la misma manera que tenemos derecho a matar coyotes. (“El Valle de la Muerte” 83)

Y en semejante contexto, suele ser común que personajes cuyo origen anglosajón delata su nombre, desprecien las advertencias: “¡Bah! —sonrió Slatter—. ‘El Coyote’ es una fantasía muy

propia de los cerebros indígenas; pero impropia de un financiero...” (“El precio del Coyote” 23).⁷

Por otra parte, esa sociedad local tiene una visión compartida de su condición autóctona e hispana o hispanizada y de la distancia que la separa del recién llegado, del forastero. Dicha sociedad también comparte una percepción determinada de su estratificación interna, que distingue al californio del mexicano, al criollo del mestizo, y a ambos del indio hispanizado, que es el que todos los anteriores perciben como indígena propiamente dicho. Desde el punto de vista histórico, este retrato no resultaría erróneo, ni tampoco novedoso (Weber, 2009: 236-239), y debía de resultarle familiar al lector español –y no sólo– de hace unas décadas –y no sólo–. El “indio” al modo de la novela del oeste convencional –salvaje feroz o salvaje noble, pero siempre salvaje– es prácticamente inexistente en “El Coyote”. Sorprende, por inusual, la advertencia del jefe de policía Teodomiro Mateos a don César cuando éste se dispone a emprender un largo viaje: “Vayan con cuidado [...] Dicen que los indios suelen atacar los trenes” (“La marca del ‘Cobra’” 81); y ello porque en sus escasas apariciones, el amerindio es o bien un asistente de ‘El Coyote’, o bien una criatura infantil, necesitada de guía: “(Juan Olegario) Zamiza era el tipo clásico del mestizo californiano, con más sangre india que blanca, pero lo bastante civilizado por su educación en las misiones, para considerar como superiores suyos a todos los blancos puros” (“La vuelta del Coyote” 85).⁸

Los forasteros, por su parte, serían el no menos confuso conglomerado compuesto por los anglosajones. Entre ellos, sin embargo, se cuentan los texanos, “(raza) que tanta sangre española llevaba en las venas”, y los “caballeros sureños”, derrotados por “la potencia industrial del Norte” (“Sierra de Oro” 18). Durante la Guerra de Secesión, el propio don César habría combatido del lado confederado, aristocrático, preindustrial y patriarcal como su California, aunque esta última se hubiera adherido a la Unión en el conflicto fratricida –y Mallorquí se guarda de tocar la cuestión de la esclavitud o las causas económicas de la guerra civil estadounidense (Martínez, 2000: 78)–. Empero, el bloque anglosajón incluye también a los yanquis norteamericanos, despreciables por su despotismo desde arriba –cuando se trata de representantes del mundo del capital o de las autoridades civiles, judiciales o militares estadounidenses– o por su rapacidad desde abajo –aventureros, oportunistas, forajidos, cuatrerros o sicarios–, aunque tampoco constituyen un colectivo uniforme y compacto. Así, en la primera entrega de “El Coyote” un oficial del ejército estadounidense encarna la lógica del vencedor racista, rapaz y carente de escrúpulos, en tanto que el funcionario representante de

⁷ Tampoco en este aspecto, en la descripción de la percepción que el forastero tiene del hispano, se desvía Mallorquí del relato de la historia factual: aunque por razones diferentes, hasta el día de hoy los estadounidenses no distinguen –tampoco se aplican mucho en ello– entre lo español y lo hispánico; se han asociado ambas denominaciones sin más y con neta distorsión racista, impregnada de los clichés de la “leyenda negra” que justificarían el expansionismo en detrimento de los vecinos meridionales, así como las prácticas discriminatorias frente a las poblaciones allí asentadas, especialmente contra los indios (Franceschi, 2002: 4-9; Hobsbawm, 2001: 23, 80-82-152-153; González, 2018: 345-375; Montero, 2010: 3-5, 9-10; Sánchez, 1998: 229-236; Sandos, 2004: 174-184; Weber, 2009: 243-247; Zaldívar, 2003: 10-11). ¿Quién es hispano? Hasta la actualidad, responder a esa sencilla pregunta resulta tan poco sencillo que las soluciones que se aportan en el mismo lugar en que se movía el personaje literario de Mallorquí resultan de un pragmatismo abrumador (ver Lopez, Krogstad & Passel, 2019: *passim*).

⁸ Para la presencia e importancia histórica de las misiones españolas en la región y sobre las poblaciones indias según Mallorquí, ver “La sombra del Coyote” 16-18, “El precio del Coyote” 31-32, “Otra lucha” 85, “La diadema de las ocho estrellas” 61-67. Para un balance actualizado sobre la compleja y vidriosa cuestión de las misiones franciscanas y su influencia e impacto sobre las poblaciones indias de California entre finales del siglo XVIII y la secularización de 1836, ver Sandos, 2004: 174-184; Weber, 2009: 176-198.

Washington es un individuo educado, culto y respetuoso del legado hispánico en California, que habla español, profesa la religión católica y además está comprometido con una dama del lugar, nada menos que la hermana del propio don César.

El referido no es el único matrimonio mixto de la serie “El Coyote”, y ello permite al autor poner sobre el tapete cierto “pragmatismo hispánico” frente a la nueva realidad y ante el elemento foráneo. Así, el propio personaje principal, don César, se casa con una dama local criolla y de rancio abolengo español, como él mismo, que fallece al dar a luz a su primogénito; como viudo que ya peina canas, el terrateniente contraerá segundas nupcias con una mujer de rango social y racial “inferior”, su criada mestiza Lupe, con la cual tendrá una hija, y que a la postre resultará ser más acaudalada que su marido, en tanto que heredera de una hacienda cuya denominación no deja lugar a dudas sobre su imponencia, “El Todo”, ahí es nada. Si por un lado hay un clasismo social en que desempeña un papel no explícito, pero patente, el origen étnico, la mezcla racial se considera inevitable, y aun deseable, y eso incluye a los forasteros. En palabras de Echagüe: “Creo que California no podrá volver a ser nunca más lo que fue. Tendremos que aceptar para siempre el dominio norteamericano, y ya es hora de que nos mezclemos con su raza. Yo te aconsejaría un esposo de la nuestra; pero a falta de eso, King Bailey me parece un excelente sustituto. Si no es de los nuestros, merecería serlo” (“El precio del Coyote” 52).

El contemplativo don César se muestra receptivo al humanismo conciliador de personajes como el delegado de Washington, considera que nada puede frenar, detener o alterar el curso de la historia, y es partidario de asumir la nueva realidad, aunque sin dejarse engullir por ella. Es menester preservar la propia identidad, regular la irrupción de lo nuevo y poner coto o remediar sus trastornos y abusos, aunque él mismo nunca llegue a padecerlos ni en su persona ni en su patrimonio. A su entender, propiciar semejante maridaje de tradición y modernidad solamente resultará posible colocándose deliberada y puntualmente al margen de la nueva ley, que ha llegado para quedarse, convirtiéndose en un paladín para las gentes de bien —no necesariamente la población local— y en una temible amenaza para los criminales —no necesariamente los forasteros—. En suma, ‘El Coyote’ no es ni un bandido social ni un revolucionario, sino un instrumento para regular el proceso de transición a la nueva realidad, para equilibrar la balanza entre ley nueva y justicia de antaño, para hacer compatibles tradición y modernidad en la nueva sociedad en ciernes (“El Coyote” 11-17, 30; “La diadema de las ocho estrellas” 69-70, 75; “Otra lucha” 105, 135-136).

La dualidad del personaje principal constituye en sí misma un ejemplo de la posibilidad y capacidad de conjuntar y concordar pasado y presente. Don César es un claro representante de una vieja aristocracia terrateniente y feudal, pero tiene una faceta de hábil financiero, inversor y comerciante capaz de medirse con los rivales económicos del Norte en sus propios términos del capitalismo más actual:

—[Echagüe] siempre ha tenido una gran cabeza para los negocios. Aquí al principio los residentes no le apreciaban mucho, pues fue de los primeros que aceptaron la dominación norteamericana. Él nunca quiso ayudar a los que fraguaban conspiraciones. Su hermana se casó con el señor Greene, del Gobierno, y eso aún le ha favorecido más.

—Entonces él no debió de sufrir cuando se revisaron los títulos de propiedad.

—¡Qué va! Al contrario, se encontró con que sus haciendas aumentaban, pues al revisarse los títulos españoles se vio que se le había concedido mucha más tierra de la que los Echagüe se molestaron en ocupar. (“La primera aventura del Coyote” 81-82)

También su alter ego enmascarado remite al ayer y al presente: su indumentaria es la tradicional del elemento local mexicano —y también en eso se aleja de ‘El Zorro’—, pero va pertrechado con un armamento que es la última palabra en tecnología industrial estadounidense; sus obras lo mantienen en la estela del ideal caballeresco medieval, aunque también lo asemejan al hombre de frontera en el siglo XIX, a medio camino entre el justiciero y el pistolero (“El Coyote” 22-23, 37-38).

Por añadidura, la postura expresada por el dúo don César / ‘El Coyote’ frente al imparable cambio histórico no es una peculiaridad o extravagancia exclusiva del personaje principal, sino una lectura particular de una actitud social compartida por el común de la sociedad local, por lo menos cierta parte de ella. “La mano del Coyote” ofrece el retrato de don Lucas, hombre de edad avanzada que pertenece a una familia de origen peninsular y aristocrático afincada en Los Ángeles desde poco después de la llegada al lugar de los españoles; él mismo “había luchado primero por España contra los mexicanos y luego por México contra los norteamericanos” (65). Empero, don Lucas se niega a aceptar el nuevo estado de cosas y rechaza de plano la asimilación, mientras la revisión de títulos de propiedad por parte de las nuevas autoridades estadounidenses lo encuentra inerme, de modo que termina como un viejo hidalgo empobrecido:

Al principio, los restantes californianos le miraron con simpatía. Representaba el orgullo de la raza contra la insoportable dominación extranjera. Luego, poco a poco, el dominio se hizo menos pesado, los conquistadores demostraron sus buenos deseos de colaborar con los nativos; pasaron los tiempos del robo de las haciendas y llegaron épocas de prosperidad. Así, la clase principal de Los Ángeles se mezcló, incluso con lazos matrimoniales, con los norteamericanos [...] El resultado final fue que olvidaron de él o, por lo menos, hicieron como si no se acordaran de su existencia. (65-66)

3. La mudable naturaleza del nativo y su opuesto en “El Coyote”

El éxito cosechado por la serie de Mallorquí invita a que se prolongue y convierta en todo un culebrón, lo cual obliga a su autor a maniobrar de forma diferente en la construcción de los relatos: la trama se torna más densa y compleja, más matizada, y aparecen arcos narrativos que atraviesan varios episodios, los cuales ya no siempre son autoconclusivos. La acción, que nunca desaparece, va cediendo terreno frente a la descripción de lugares, circunstancias y trasfondo histórico, frente al tratamiento de la mentalidad y procesos de la conciencia de los personajes. El autor presta mayor atención a las relaciones interpersonales, recurre a la retrospectiva, la intercalación de saltos temporales, los clichés de otros géneros literarios populares, como la novela de aventuras o la novela rosa;⁹ así se abren paso en “El Coyote” situaciones que no

⁹ Un ejemplo destacado lo constituye “El exterminio de la ‘calavera’”, que es, de principio a fin, todo un ejercicio de novela de aventuras cruzado con generosas cantidades de novela rosa, donde adquiere gran relevancia una mujer fatal sureña que mantiene un romance con Echagüe / ‘El Coyote’ mientras actúa como una suerte de Mata Hari *avant la lettre*. Otro ejemplo interesante del cruce de géneros que practica Mallorquí es “El hijo del Coyote”, donde combina el relato del Oeste y la novela rosa, y en que el papel de

podían dejar de llamar la atención en la España del momento, tales como el adulterio, el divorcio, los procesos electorales, la profusión de individuos dedicados a la política, o el hecho de que los actores de semejante abanico de posibilidades fueran individuos de diversa raza, procedencia, sexo, edad y extracción social. En suma, no sería prudente simplificar el estudio de las propuestas de Mallorquí sobre el indígena y el forastero; estudio que, además, exigiría un análisis de toda la serie, y no de una veintena de novelas, razón por la cual las conclusiones aquí recogidas no podrían ser más provisionales.

Mallorquí se antoja tan dual como su personaje: adopta lo que la cultura dominante de su tiempo le impone y parece dispuesto a producir novela del oeste convencional. Pero “El Coyote”, que se antoja presto a aceptar la rudimentaria y racista división de la realidad entre “buenos” y “malos” del relato del oeste canónico, invierte, nada más empezar, el lugar y consideración que en él ocupaban el anglosajón y el hispano. A continuación difumina la clara línea que los separaría, indaga en las áreas grises y otorga profundidad a los personajes, que ya no son planos, a las tramas, que ya no son esquemáticas, y al andamiaje social, que ya no es uniforme. El escritor sitúa su universo novelesco en el Oeste decimonónico, pero reubica sus coordenadas espaciales y humanas, y con ello sus señas de identidad: ahora se corresponde con su área hispánica, California, transformada en parte del Oeste al serle arrebatada a México e incorporada a los Estados Unidos, dotada, por tanto, de un exotismo innegable, si bien atenuado por la larga presencia española... Un ámbito familiar y reconocible para el público lector español, en que el hispano no es un extraño, ni un recién llegado, y protagoniza la historia como portador de valores elevados y compartidos. La “frontera hispánica” de Mallorquí no separa al rostro pálido del piel roja, sino al hispano del yanqui; lo “salvaje”, “lejano” y “legendario” no le corresponden ni al indio ni al hispano, sino al anglosajón, que ya no es el héroe y deja de ser el ocupante de una región de su propio país para volverse un forastero recién llegado, un intruso (Álvarez, 1972: 92-93; Vázquez, 2000: 56, 140).¹⁰ Mallorquí se apropia, pues, de un producto de la cultura popular estadounidense y lo vuelve contra sus creadores y en los mismos términos del canon que ellos habían establecido. Pero no se queda ahí, sino que permite que su frontera se convierta en una amplia, aunque no infinita, franja de lindes no siempre netas, donde caben “buenos” y “malos” de diverso grado y no menos diverso origen y procedencia —con sus atributos raciales, religiosos, lingüísticos—, sexo, edad y extracción social, y en que ‘El Coyote’ traza la línea como juez, jurado y verdugo, imponiendo una justicia reconocible y cercana a la que marca la ley, aunque no equivalente, y que tampoco es una línea recta, porque responde también a impulsos estrictamente personales, no exclusivamente dictados por la costumbre o la necesidad.

Y Mallorquí puede estirar, retorcer y moldear a su antojo la novela del oeste, y logra dilatar, sin romperlas, las fronteras canónicas del género del oeste porque lo conoce bien y está pertrechado de armas tan eficaces en sus manos como los revólveres en las de ‘El Coyote’: una destreza literaria inusual en la producción popular que le permite hacer un “roman-fleuve”

Lupe, aún una criada de don César, cobra gran relieve a través de su interés romántico por el personaje principal.

¹⁰ Esta inversión de papeles se observará también en las versiones cinematográficas de “El Zorro” y “El Coyote” producidas en España, en que el villano es el gringo, bajo diversa guisa —el político, el capitalista, el militar—. Por otra parte, las películas del oeste producidas en Europa, principalmente las italianas y las españolas, localizan su acción en un ambiente “mexicano” a fin de dar justificación al aspecto latino de sus protagonistas, y de modo que el indio obtiene una representación muy magra (España, 2002: 15, 21-23, 110-113).

resistente al tiempo; sólidos conocimientos que le permiten dotar a sus relatos de una verosimilitud histórica y ambiental sin precedentes; y tino para operar una eficaz “nacionalización” del género cultivado y representar en él las concepciones y clichés que del pasado histórico tenían sus contemporáneos, dentro y fuera de España (Álvarez, 1972: 90-93; Charlo, 2004: 119; Martínez, 2000: 69; Rodríguez, 2011: 55-61). No en vano, a su muerte, en 1972, el éxito de la serie no había sido superado en España por ninguna otra publicación del género, y parecía caber poca duda de que ‘el Coyote’ era el personaje de ficción literaria más famoso de la posguerra.

Por su parte, el indio es el indígena a ojos del hispano –quien es, a su vez, el indígena a ojos del yanqui–, y ya no es el mayor depositario del mal, sino que es potencialmente uno más de sus depositarios, y ni siquiera el más usual; aunque no desaparece, el amerindio queda relegado a muy segundo plano en el relato de Mallorquí. Pero es un papel secundario que la realidad californiana del siglo XIX no desmiente, porque ya hacía siglos que había sido desplazado del primer plano de la historia por la población hispana e hispanizada, la cual empieza a verse desplazada a su vez por la marea de recién llegados del Norte (Franceschi, 2002: 4-6). El amerindio de California no es el del Medio Oeste, y carecería de sentido tratar de encontrar al “indio” de la novela estadounidense en “El Coyote” de Mallorquí: el suyo es un amerindio hispanizado en mayor o menor medida, una criatura exótica, por lo general infantil e inofensiva, que protegida y educada por los franciscanos españoles no entra en la categoría del “salvaje” del relato clásico del oeste. La perspectiva étnica de Mallorquí, ambigua y no exenta de notas racistas y clasistas, no sería tanto una cuestión de autor como de público y época, y tampoco resultaría ni más llamativa, incorrecta o censurable, en su propia época y términos, que la que colocaba al “indio” o al “indígena” norteamericano en el papel de “malo”, o que la que aun en la actualidad se congratula metiendo en el mismo saco de “indio” o de “indígena” realidades humanas muy distintas entre sí.

BIBLIOGRAFÍA:

ÁLVAREZ MACÍAS, Juan Francisco (1972). *La novela popular en España: José Mallorquí*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

CHARLO, Ramón (2004). *José Mallorquí, creador de “El Coyote”: Estudio sobre su vida y su obra*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

ESPAÑA, Rafael de (2002). *Breve historia del western mediterráneo: La recreación europea de un mito americano*. Barcelona: Eds. Glénat.

FRANCESCHI, Napoleón (2002). Mito y realidad: Bandolerismo en California, siglo XIX. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 339-340, 127-147. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/317818553_Mito_y_Realidad_Bandolerismo_en_la_California_Siglo_XIX_pp127-147_BOLETIN_DE_LA_ACADEMIA_NACIONAL_DE_LA_HISTORIA_N_339-340_Julio-diciembre_Caracas_ANH_2002. [Última consulta: 15 de abril de 2011].

GONZÁLEZ HERRERA, Carlos (2018). El papel del racismo en la formación de la frontera entre Estados Unidos y México. In Horacio CRESPO et al. (coord.), *¿Tienen las Américas una historia común? Herbert E. Bolton, las fronteras y la “Gran América”* (pp. 345-375). México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Disponible en: https://www.academia.edu/38799744/Tienen_las_Am%C3%A9ricas_una_historia_com%C3%BAn_Herbert_E_Bolton_las_fronteras_y_la_Gran_Am%C3%A9rica. [Última consulta: 18 de agosto de 2020].

HINE, Robert V. & FARAGHER, John Mack (2000). *The American West. A New Interpretive History*. Yale University Press. Disponible en: www.jstor.org/stable/j.ctt5vm5h2.19. [Última consulta: 27 de abril de 2020].

HOBSBAWM, Eric J. (2001). *Bandidos*. Barcelona: Crítica.

LOPEZ, Mark Hugo; KROGSTAD, Jens Manuel & PASSEL, Jeffrey S. (2019). Who is Hispanic? *Pew Research Center*, November 11, 2019. Disponible en: <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2019/11/11/who-is-hispanic/>. [Última consulta: 29 de agosto de 2020].

MALLORQUÍ, José (2002 [1943]). El Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1944]). La vuelta del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1944]). Huracán sobre Monterrey. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1944]). El valle de la muerte. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1944]). La sombra del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). El Coyote acorralado. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). El otro Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). Victoria secreta. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). Sierra de oro. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). El exterminio de La Calavera. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). La justicia del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). La primera aventura del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). La victoria del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). La mano del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). El hijo del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). La marca del Cobra. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). El precio del Coyote. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). Otra lucha. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). El final de la lucha. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MALLORQUÍ, José (2002 [1945]). La diadema de las ocho estrellas. In *El Coyote de José Mallorquí*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

MARTÍNEZ DE LA HIDALGA, Fernando (2000). La novela del oeste. In VV.AA., *La novela popular en España*, 1 (pp. 53-84). Madrid: Ediciones Robel.

MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio (2010). Ideología y pragmatismo. Los diplomáticos estadounidenses y la España de los años veinte. *Circunstancia: revista de ciencias sociales del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*. Disponible en: https://www.academia.edu/11289353/Ideolog%C3%ADa_y_pragmatismo._Los_diplom%C3%A1ticos_estadounidenses_y_la_Espa%C3%B1a_de_los_a%C3%B1os_veinte. [Última consulta: 20 de febrero de 2020].

RODRÍGUEZ MILÁN, Roberto (2011). La novela popular y la promoción de valores y actitudes sociales durante la dictadura de Franco: La serie “El Coyote” de José Mallorquí. In Fidel López CRIADO (ed.), *Literatura, cine y prensa. Criterios, valores y actitudes*. Santiago de Compostela: Andavira Editora, 55-61.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael (1998). La mirada americana: La evolución de un estereotipo. In Ismael SAZ (ed.), *España: La mirada del otro. Ayer*, 31, 229-236.

SANDOS, James A. (2004). *Converting California. Indians and Franciscans in the Missions*. New Haven, London: Yale University Press. Disponible en: www.jstor.org/stable/j.ctt1npf4h. [Última consulta: 27 de abril de 2020].

VÁZQUEZ DE PARGA, Salvador (2000). *Héroes y enamoradas: La novela popular española*. Barcelona: Glénat.

WEBER, David J. (2009). *The Spanish Frontier in North America: The Brief Edition*. Yale University Press. Disponible en: www.jstor.org/stable/j.ctt1np7gn. [Última consulta: 27 de abril de 2020].

ZALDÍVAR, Carlos Alonso (2003). Miradas torcidas. Percepciones mutuas entre España y Estados Unidos. Real Instituto Elcano. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CO NTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/dt22-2003. [Última consulta: 10 de agosto de 2008].

ZINN, Howard (2008 [1980]). *Ιστορία του λαού των Ηνωμένων Πολιτειών: Μια κοινωνική ιστορία της Αμερικής από την εποχή του Κολόμβου ως τις αρχές του 21^{ου} αιώνα. (A People's History of the United States)*. Αθήνα: Ατώρα.